Me mordí los labios y retorcí nerviosamente mi bigote, muy largo entonces y muy poblado, pues no debéis olvidar que tenía en aquella época poco más de cuarenta años.

El doctor tenía razón.

En Brault no veíamos nunca a nadie, y esta suposición no era, por consiguiente, admisible.

Y, sin embargo, yo necesitaba una causa, una solución, un pretexto, por absurdo que fuese, para explicar aquella extraña metamorfosis que amargaba todos los instantes de mi vida.

De pronto me dí un golpe en la frente y creí haber encontrado la solución de tan penoso problema.

He aquí por qué.

BIBLIOTECA DE NUEVO TEON
ADAO, 1625 MONTERREY, MEXICA

Nuestras cacerías de Brault eran siempre acompañadas, sobre todo en los últimos meses del año, por cierto número de nuestros vecinos del campo.

XI

Asistían a ellas desde cinco y seis leguas a la redonda.

Ya he dicho que mi traílla gozaba de una reputación merecida, y repito que nunca había visto otra mejor.

Era un verdadero placer el oír en nuestros cantones, tan accidentados y cortados por todas partes, con praderas y estanques, la música de mis sesenta perros, de una raza admirable, menos ligeros que los ingleses, pero de mejor garganta, más seguros, tenaces y mordedores, y de inmejorable alcance y olfato para no perder nunca su presa.

Lo mismo cazaban el ciervo, la zorra y el gamo, que el lobo y el jabalí.

Todo era bueno para ellos.

Sin duda en nuestras cacerías habíamos tenido

algún mal éxito, pero muchos triunfos le compensaban con gran ventaja.

Es muy cierto, señor cura, y vos lo habréis oído decir más de una vez, que teníamos fama entre los cazadores del Morvan y que hablaban de nosotros con entusiasmo.

No puedo ocultaros que en más de una ocasión he experimentado un sentimiento de orgullo al oír decir, refiriéndose a alguna buena traílla de estos tiempos:

—¡ No vale toda entera lo que uno de los perros del marqués de Brault!

El año que precedió a la época a que me refiero, habían vendido en las cercanías de Corbigny un magnifico dominio, cuyo dueño se había arruinado neciamente en París, tirando el dinero por la ventana con el deseo de figurar.

Este dominio fué comprado por el hijo de un banquero muy conocido e inmensamente rico, el cual se llamaba Durand a secas.

Pero para ilustrar este apellido había tomado el nombre de una de las tierras que poseía en Seineet-Oise, que se llamaba Milly, y todos sus vecinos decían hablando de él, el señor de Milly, lo cual le daba cierto aire de nobleza antigua que a él, por lo visto, le entusiasmaba.

Tenía aquel joven treinta años y estaba en posesión de una fortuna inmensa, siendo además lo que se llama un buen mozo, o por lo menos un joven elegante.

Tal vez, mirándole despacio, contribuía mucho su sastre a hermosear su buena figura y su presencia de conquistador de corazones; pero lo cierto es, que su llegada al país había causado sensación.

Haría dos meses, poco más o menos, que habitaba en Aulnay (así se llamaba una de sus tieras) cuando un día vino a visitarnos de toda gala.

Confieso que hubiera preferido no recibirle.

Su fama de vividor, su reputación ligera y su libertad de palabra, me le hacían poco simpático; pero venía acompañado de algunos amigos nuestros, y si he de decir verdad, no me disgustaba del todo poder probar a aquel fatuo que nuestras jacas del país, de las cuales parecía hacer desprecio, valían tanto como sus pur-sang que tanto ponderaba.

Me mostré, pues, muy agradecido a su visita, y la recibí con la mayor amabilidad.

Sin duda debió encontrar mi trato muy a su gusto, porque desde entonces fué asiduo visitante de Brault.

Durante todo aquel tiempo no faltó a ninguna de nuestras cacerías, y debo reconocer que se condujo en ellas dignamente, que sus caballos dejaron el pabellón bien puesto, y que, como los míos hicieron prodigios, quedó por una y otra parte el honor satisfecho.

Pues bien, reuniendo mis recuerdos, me dije que aquel Durand Milly había estado siempre muy solícito con mi hija, buscando su compañía, y prolongando cuanto podía sus conversaciones con ella, lo cual ponía a veces de mal humor a Bernardo de Montjeu.

Colocado ya sobre esta pendiente de ideas, y dando rienda suelta a la imaginación, llegué a persuadirme de que el mal venía efectivamente de allí.

Recordé entonces que aquel joven, después de haber demostrado un verdadero entusiasmo por la caza y de habernos participado que pasaría aquel invierno entero en Morvan, había partido un día bruscamente sin despedirse siquiera de nosotros, después de lo cual no habíamos vuelto a verle, ni oído hablar de él.

Nunca la idea de una falta hubiera podido pasar por mi imaginación. Tenía seguridad absoluta en la pureza de sentimientos de María, en su dignidad y en su virtud, a toda prueba.

Y, sin embargo, no podía apartar el recuerdo de aquel hombre de mi imaginación.

Pensé que aquella brusca partida coincidía con el primer ataque de mal de mi hija, y me expliqué su creciente melancolía, o más bien la desesperación de que estaba poseída, a causa de una pasión desgraciada, que no había sido correspondidida o que lo había sido durante poco tiempo por aquel hombre, faltando luego a todos sus juramentos y promesas.

Una vez extraviado así, no reflexioné más y me obstiné en dar crédito a esta invención mía, que creí un efecto de mi sagacidad y penetración.

En diversas ocasiones traté de inclinar a María a una confesión, que a mi modo de ver la hubiese servido de gran consuelo, y poco a poco me fuí irritando al ver que mi hija parecía no comprenderme, lo cual me hizo mucho daño.

Supuse que aquel disimulo era para evitar el tener que responder a mis preguntas, y empecé a mirar con dureza a aquel ser desgraciado. Estaba completamente engañado, pero cada vez me aferraba más en mi idea.

Entre tanto los días pasaban.

Había llegado el mes de agosto.

En este mes espiraba el plazo que Bernardo había concedido a mi hija para darle una respuesta definitiva.

Creo que yo esperaba esta respuesta con más impaciencia que él.

A medida que la fecha se aproximaba, se mostraba María más triste y abatida, y yo más excitado y nervioso. Recuerdo que un día en que

pregunté a mi hija si renunciaba o no a sus intenciones de entrar en un convento, y ella, en lugar de responderme, bajó la cabeza prorrumpiendo en amargo llanto, me encolericé de tal modo que la declaré, con extraordinaria violencia, que jamás obtendría mi consentimiento para tal locura, y que tendría que desobedecerme si quería pronunciar sus votos y retirarse del mundo.

María me escuchó sin hacer el más leve movimiento.

Parecía haberse cambiado de pronto en la estatua del dolor; tanto más cuanto que su rostro había tomado la palidez del mármol, y me pareció verla muerta.

Abreviaré el relato de las dolorosas luchas que aquella desgraciada niña tuvo que sostener comigo, y en las cuales no opuso a mi injusta cólera más que su inalterable paciencia y una angélica resignación, capaz de enternecer a una fiera.

Cuando hoy pienso en la dureza de mis reprensiones, me digo que todos los sufrimientos de mi vejez, y los pesares que me devoran, no son más que el castigo justo de aquellas violencias que nunca llegaré a expiar con bastante castigo.

Jamás, jamás debí dudar, cualquiera que fueran las apariencias, de aquel ángel de candor, de aquella adorable mártir, que fué mi hija y una de las criaturas más perfectas y más santas que ha creado el Señor.

El 15 de agosto se aproximaba.

-Estábamos a 13.

Hacía tres días que María no había salido de su cuarto.

Se levantaba, pero sólo para sentarse junto a una de las ventanas de su alcoba, envuelta en un ancho peinador, y allí permanecía horas enteras con los ojos fijos en el vacío.

Aquel día acababa yo de almorzar en companía del doctor Burel, cuya paciencia había estado agotando con mis preguntas, y cuyo embarazo y confusión visibles redoblaban mis ansiedades, cuando el caballo de Bernardo de Montjeu se detuvo ante la puerta del castillo.

Yo estaba afectado hasta el delirio, enfermo moralmente; de tal modo me alteraba el estado de mi hija.

El doctor Burel había colmado mi irritación, sosteniendo que María era libre de disponer de sí misma, y que yo no tenía el derecho de oponerme a lo que él llamaba una vocación, permitiéndola que pasase por lo menos el año de noviciado, después del cual, quizás reflexionase y volviese al lado de su padre, pesarosa de haberle abandonado.

Para convencerme, decía que él se encargaba

de traer al redil la oveja descarriada, curada para siempre de sus veleidades de retraimiento algunos meses después de su partida; pero que por el momento no era bueno contrariarla, y hasta era peligroso e inhumano estorbar sus miras y retenerla a la fuerza.

El doctor añadió para terminar:

—Creedme y dejad esa oposición, porque si proseguís de ese modo la conduciréis quizás por el camino directo de la locura.

Este lenguaje me exasperaba entonces...

Más tarde he comprendido cuán justo y razonado era.

El pobre hombre debía haber penetrado desde hacía algún tiempo parte del misterio que tanto nos preocupaba, aun cuando María no le hubiese revelado nada, y sin duda pensaba aquel día la ejecución de un plan con el cual esperaba salvarla.

Pero por desgracia no hubo lugar a ello.

La fatalidad pesaba sobre nosotros.

Ya he dicho que Bernardo había llegado cuando el doctor y yo acabábamos de tener esta conversación.

Arrojó el joven la brida de su caballo a un criado, con una brusquedad impropia de su carácter bondadoso, y después entró con precipitación.

Al cabo de algunos segundos abrió la puerta del salón donde estábamos y penetró en él.

Nada más extraño y descompuesto que la expresión de su rostro.

Generalmente Bernardo era expansivo y sonriente; pero aquel día sus ojos estaban inyectados en sangre, y sus labios contraídos tenían una exexpresión amenazadora.

Nos saludó con una especie de ironía incomprensible, y nos preguntó enseguida:

-¿Está ahí María?

El doctor fué quien respondió:

-Hoy está peor, y no ha salido de su cuarto.

El joven manifestó su contrariedad lanzando un verdadero rugido de león herido.

—Es que... hubiera querido hablarla—dijo secamente—, y he hecho este viaje en balde si no lo consigo.

Después dió media vuelta, y añadió:

-Adiós... Mañana volveré.

Pero cuando ya iba a salir, se detuvo en el dintel de la puerta, y dijo:

—Bien podía bajar un instante... Su enfermedad no debe ser cosa grave, y no creo que eso la perjudicase.

Ví que el doctor Burel se ponía pálido como un muerto.

El tono de Bernardo era sardónico y agresivo.

Parecía como que dudaba de la enfermedad de mi hija, y consideraba el que permaneciese en su cuarto como un simple capricho o como una disculpa.

Precisamente la nodriza de María acababa en aquel momento de entrar en el salón.

En cuanto la vió Bernardo se dirigió a ella.

- -Marcela-dijo-, čestá en cama la señorita?
- -No, señor.
- —Pues desearía hablar con ella un minuto... Os agradecería que se lo dijeseis así de mi parte... ¿Queréis hacerme ese favor?

-Si lo deseáis...

Marcela salió del salón.

- —¿Por qué no os sentáis, señor de Montjeu?
  —dijo el doctor Burel al ver que yo no abría la boca.
  - -Gracias; tengo prisa.
  - -¿Vos?
  - -Si... ¿ Qué hay en ello de extraño?
  - -Nada, nada...
- -En cuanto haya visto a María me iré en seguida.
  - -¿Para volver a Montjeu?
  - -Sí, a Montjeu, donde me esperan.
- -¿Y quién os espera con tanta impaciencia, amigo mío?

-Mi padre, que está ansioso de tener noticias...

-¿De la señorita de Brault?

—Justamente: de su salud y de sus intenciones.

Bernardo hablaba de un modo cortado y agre-sivo, como hombre a quien la cólera sofoca.

Debo confesar nuestros defectos.

Ni los unos ni los otros teníamos la virtud de la paciencia.

Por grande que fuera mi amistad y mi cariño hacia aquel muchacho, no podía menos de sentirme herido por su tono y sus maneras, cuando Marcela apareció en el dintel de la puerta.

- —La señorita va a bajar al salón... Está muy enferma y muy débil; pero no ha querido negarse a vuestra petición, y quiere veros.
  - -Gracias.
  - -La señorita debe estaros ya esperando.
  - -- Voy al momento.

El salón estaba separado del comedor en que nos encontrábamos el doctor y yo, por un ancho corredor.

Salió Bernardo.

Oímos el ruido de puertas que se abrían y cerraban.

Después hubo entre nosotros un instante de silencio. El doctor lo rompió al fin, diciendo:

—Habéis hecho mal en permitir esta entrevista.

-¿Por qué?

Bernardo parece muy encolerizado, y era necesario que se hubiese calmado antes de verla... la menor emoción puede ser funesta a vuestra hija, en el estado en que se encuentra.

-¿ Qué estado? - dije vivamente.

Burel se mordió los labios.

El silencio se estableció de nuevo entre nosotros y duró algunos minutos.

Pero de repente, el doctor y yo nos pusimos a un mismo tiempo de pie.

Un grito desgarrador resonó en todos los ámbitos del castillo, y penetró como un puñal en mi corazón.

## XII

Atravesé el corredor y corrí al salón.

El espectáculo que se presentó ante mis ojos me indignó. Bernardo tenía cogidas con una de sus manos las muñecas de mi hija, que estaba de rodillas a sus pies como implorando perdón.

Me precipité entre ellos, y arrancando a María de las manos de aquel hombre, le grité:

—¡Desgraciado!... ¡Habéis venido aquí para torturarla!

El se cruzó de brazos, y mirándome con ojos en que brillaba el odio, replicó:

—Hay casos en los cuales está permitida la cólera.

-; Miserable!

-No es en mi familia en la que hay miserables, sino en la vuestra-contestó señalando a María.

Mi hija extendió hacia él sus manos suplicantes. Bernardo respondió a aquel movimiento con un ademán amenazador.